

Año. 12 No. 12. Semestre B de 2025 ISSN: 2322-9977

ERGOLETRÍAS



Universidad
del Tolima



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!

Recuperar las infancias: cultivar el asombro a través de la literatura



Hernán Augusto Ruiz

haugustoruiz@ut.edu.co

Director Biblioteca Municipal de Ibagué

Profesor del IDEAD

Universidad del Tolima

Hablar de recuperar ya supone una pérdida. Tiene que ver con las imágenes que hemos construido desde nuestra infancia, esos paisajes que hemos habitado y que hacen parte de nuestra cotidianidad. Colores de amaneceres, atardeceres y espacios que nos permitieron habitarlos en medio de olores, sabores y pequeños gestos que formaron nuestra mirada. Tomamos la pérdida como ese momento en el que se empezó a desdibujar de nuestra mente, el primer paisaje que acompañó nuestra niñez y que se desvaneció entre el juego de ser grande. Este texto se configura en dos momentos, en primer lugar, a partir de mi experiencia personal con la literatura, los encuentros y desencuentros en mi trasegar como lector literario y promotor de lectura. Los rastros de un maestro que ha tejido una relación íntima con esos libros que llegaron en mi adultez, para ayudarme a renombrar el mundo, a retornar la mirada a esas primeras palabras que me acompañaron, mientras me descubría en el mundo, a los juegos, a las siluetas, las voces y los silencios que me hicieron recrear las primeras líneas del relato de mi vida. Elementos que me ayudaron a construir esa primera morada desde la que pude soportar el acecho de la vida. Así mismo en otro momento hablaré de lo que significa tejer de nuevo un espacio en la mirada para el asombro y dejar inquietudes a manera de invitación, para detenernos frente a la posibilidad de un retorno a ese tiempo niño

de relatos, donde las palabras me acogieron a través de la literatura, entendiendo que como lo refiere Yolanda Reyes: “Todos nos inventamos a punta de palabras” (2020) Pág. 14.

Estamos hechos de historias, pero, aunque seamos lectores, no todos crecimos rodeados de libros. Conocimos las primeras imágenes a través de los arrullos, los cantos y las nanas que nos reflejaban el afecto de nuestros padres a través de su voz. Mi niñez estuvo acompañada por las melodías que escuchaba mi viejo, mientras trabajaba dándole forma a los relatos de su experiencia de padre. Mi imaginación despertó a través de un truco de magia que, con un rostro cargado de alegría, me presentaban y que consistía en el poder convertir un pañuelo en un ratón. Crecí con el misterio de cómo lograba animar un simple trapo y cómo con su mente lograba partir un banano en dos, sin ni siquiera quitarle la cáscara o tocarlo con un cuchillo. Papá lograba sembrar el deseo de descubrir el mundo a través de sus trucos y con su voz podía convertir una anécdota en la historia más aterradora. Nos heredaba el asombro, la inquietud, la manera de preguntarnos frente a lo desconocido y adentrarnos en nuestro pensamiento para tratar de entender cada cosa que se descubría ante nosotros. Algo que de una manera poética nos regala Yolanda Reyes, entre la suavidad de sus palabras:

la imaginación nos permite ser otros y ser nosotros mismos, descubrir que podemos pensarnos, nombrarnos, soñarnos, encontrarnos, conovernos y descifrarnos en ese gran texto escrito a tantas voces por una infinidad de autores a lo largo de la historia, es lo que le otorga sentido a la experiencia literaria como expresión de “nuestra común humanidad” Reyes, Y. (2020) Pág. 15-16.



Yolanda Reyes

Esa humanidad que yo descubría tras el calor del amor de mis padres y que se materializaba entre los brazos de papá, esos mismos que me llevaban a tías y me invitaban a recrear el mundo a través de gestos y del afecto con el que me entregaban las palabras. De esa forma me heredó las primeras imágenes poéticas con las que me hice una idea del porvenir. En el colegio dibujaba rostros alegres de barrios populares y la gente celebrando la llegada de papá. No era un héroe como Superman, pero tenía la calidez para derribar cualquier impedimento y mantener al margen los miedos que por las noches me atormentaban. Esas fueron algunas de las pinceladas que dieron vida a los recuerdos que me habitan y que son evocados a través de la literatura, de libros que me nombran y que me ayudan a mantener vivas esas fotos de mi niñez y que guardo como tesoros eternos.

En la historia de la literatura, son muchos los relatos de escritores como Marcel Proust, Ricardo Piglia, Peter Handke, Walter Benjamin, Alberto Manguel, Michèle Petit, que describen su primer acercamiento a los libros, gracias a las bibliotecas familiares que siempre estuvieron a su alcance. En sus historias personales no aparece la imagen de mediador como una persona intelectual, los libros llegaron a ellos a través de situaciones complejas, donde se convirtieron en moradas íntimas, lugares en los se gestó el surgimiento de la inquietud, del deseo

y anhelo por descubrir los misterios que acompañaban las guardas de esas filas de libros, que en muchos casos permanecían inmóviles y casi guardados como piezas de colección. De esos relatos de vida, entendí que la lectura no llegaba para brindarme solo un conocimiento conceptual, pude reconocer que todos teníamos la oportunidad de ser educados en el afecto y de contemplar la maravilla de la vida a través de la naturaleza misma. Leer el mundo a través del asombro y cuidar la inquietud, para aprender desde el preguntarse.

Entendí el poder de acogida que tiene la literatura, cuando en medio de un tiempo difícil, estuve internado en una unidad mental, en la que mi compañía fueron textos que me permitían conservar la lucidez y la tranquilidad. Cada libro me daba palabras para nombrar la situación que afrontaba y me mantenía centrado en el deseo de salir pronto. Fue en ese encierro donde pude entender que las palabras me eran tan necesarias para nombrar todo lo que se me presentaba y que, en medio de la confusión, me obligaban a detenerme.

Más adelante los libros llegaron gracias a la generosidad de mis maestros. Recuerdo la llegada de la antropóloga Michèle Petit a mi vida a través de sus textos. Descubrir su voz en medio de proyectos populares y sueños comunitarios, fue de gran aliento. Conocer las experiencias tejidas en países cercanos, pero también europeos, permitió ampliar la mirada frente a las diferentes prácticas de la lectura en espacios no convencionales y en lugares que como en nuestro país, la violencia hace parte del diario de muchas familias. Con sus testimonios, llegó también una mirada cercana, humana y tangible de esas primeras relaciones que se erigen con los libros y cómo estos afectan los relatos de las infancias. En el libro “Una infancia en el

país de los libros” la antropóloga nos lleva a conocer sus experiencias en la conformación de su constelación lectora, sus acercamientos a las personas que como ella, iban creciendo en torno a los libros, aquellos títulos que la acompañaron en las migraciones a varios países y cómo esos mismos textos afectaban otras vidas con las que se iba relacionando, creando pequeños espacios para dialogar en torno a la magia que se descubría en cada página y la manera en que éstas se grababan en la memoria. Autores que empezaban a resonar y a abrirse un lugar en su cotidianidad.

Es entonces que pienso en mi primer contacto con lo literario, con lo poético y me remonto a la imagen de las manos temblorosas de mamá, intentando aliviar el dolor que sentía al despertar en medio de la cama, abrigado por su ausencia, algo que me llevaba a contemplar el abandono y su muerte. Un miedo recurrente que solo se alejaba de mí en el momento en que escuchaba sus pasos y podía recibir el calor de su presencia, mientras con su voz me disipaba el temor. Pequeñas experiencias que fueron retornando a mi memoria y se hicieron visibles, con sentido y afecto, a través de los libros y la voz de aquellos que como Marcel Proust en el siguiente fragmento del primer volumen de “En busca del tiempo perdido”, llamado “Por la parte de Swann” me recordaban mi niñez:



Marcel Proust

Al subir a acostarme, mi único consuelo era que mamá habría de venir a darme un beso cuando ya estuviera yo en la cama. Pero duraba tan poco aquella despedida y volvía mamá a marcharse tan pronto, que aquel momento en que la oía subir, cuando se sentía por el pasillo de doble puerta el leve roce de su traje de jardín, de muselina blanca con cordoncitos colgantes de paja trenzada, era para mí un momento doloroso. Porque anunciaba el instante que vendría después, cuando me dejara solo y volviera abajo. Y por eso llegué a desear que ese adiós con que yo estaba tan encariñado viniera lo más tarde posible y que se prolongara aquel espacio de tregua que precedía a la llegada de mamá. Muchas veces, cuando ya me había dado un beso e iba a abrir la puerta para marcharse, quería llamarla, decirle que me diera otro beso, pero ya sabía que pondría cara de enfado, porque aquella concesión que mamá hacía a mi tristeza y a mi inquietud subiendo a darme un beso, trayéndome aquel beso de paz, molestaba a mi padre, a quien parecían absurdos estos ritos; y lo que ella hubiera deseado es hacerme perder esa costumbre muy al contrario de dejarme tomar esa otra nueva de pedirla un beso cuando ya estaba en la puerta. Y el verla enfadada destrozaba toda la calma que un momento antes me traía al inclinar sobre mi lecho su rostro lleno de cariño, ofreciéndomelo como una hostia para una comunión de paz en la que mis labios beberían su presencia real y la posibilidad de dormir. Pero aún eran buenas esas noches cuando mamá se estaba en mi cuarto tan poco rato, por comparación con otras en que había invitados a cenar y mamá no podía subir. (Proust, M. 2017. Pág. 19-20).

Esas primeras relaciones entre el mundo externo y mi interior, permitieron que valorara mucho la subjetividad, que recordara la importancia de estar presente para cada lector y la relación familiar en la consolidación de ciudadanías responsables. La ausencia, el miedo, el dolor, la tristeza y la sensación de abandono, se presentaron en mi vida a través de la figura de mamá. Recordando esos tiempos, pienso en lo que representa crecer acompañado por historias y cuidar del otro en cada momento, pero también me hace pensar en la soledad con la que muchos niños y niñas crecen, los silencios, la ausencia de esa voz que los consuele y que les presente el mundo. Aunque la presencia de libros no garantiza ni el acceso o el amor por la lectura, creo hay una gran ventaja en quienes desde su infancia tienen cerca un texto y la posibilidad de aprender la manera en que los libros nos pueden afectar, no por la cantidad que podemos leer, sino por lo que cada uno de ellos puede tejer en nuestro interior, además de todo lo que puede devenir de los encuentros con textos que nos marquen.



Pero no fueron los grandes clásicos de la literatura los que me abrieron un lugar. Recuerdo la voz de un maestro que me presentaba el afecto de sus palabras a través de las conversaciones que teníamos en torno a ese deseo personal de comerme el mundo y de querer brindar a otros, un espacio desde el que pudieran construir esa guarida para soportar las inclemencias de la vida.

Fue un maestro el que, con dibujos en la arena de su patio, me ayudó a tejer ese lugar en el que los libros me permitieron recuperar ese asombro, que trajo consigo una herencia de palabras, un alfabeto que me ayudó a construir una morada para la infancia y me enseñó a jugar a ser niño. Entonces la literatura llegó con el afecto, como un abrazo en medio de la multitud de voces. Me llevó como a la calle que narra Michael Ende en su libro "Momo", donde para avanzar se necesita ir lento, porque entre más
a f á n m e n o s s e
camina, fue ese

detenimiento el que empezó a darme otros imaginarios, a recrear mi propia vida y pude entonces nombrar tantas cosas que estaban albergadas en mis recuerdos, tan silentes, tan innombrables y tan íntimas. Entre páginas y voces recibí una herencia, narraciones que estaban acompañadas de otras miradas, otras posibilidades que se iban abriendo ante mí y a la vez, otras maneras de relacionarme con el mundo, para ir nombrando el universo, darle sentido y dibujarlo en mi memoria. De esa manera entendí que los libros nos ayudan a hacer habitable nuestro espacio, ese lugar que vamos construyendo en la niñez y que se convierte en refugio a cada paso que damos, el lugar para escaparnos de la realidad o para no quedar atrapados entre las angustias de los adultos. Escalamos montañas de palabras, le hacemos un hogar en nuestro interior mientras vamos construyendo esa casa de palabras que vamos atesorando y que se convierten en nuestra manera de relacionarnos con los otros, configurando ese horizonte de descubrimientos, retos y nuevas palabras que van tejiendo nuestra vida.

Imágenes poéticas que van despertando nuestra imaginación y que se



adentran en nuestro lugar íntimo a través del afecto, tal como lo relata Silvia Seoane sobre los encuentros con su madre y que referencia Michèle Petit en el libro de “Leer el mundo: experiencias actuales de transmisión cultural”:

Noche tras noche, la madre de Silvia tejía así relatos que encantaban lo cotidiano y agrandaban el espacio, abriéndolo hasta los campos rusos o la Patagonia, hasta la madriguera del conejo de Alicia o hasta Italia. Ligaba a la niña con toda esa gente de generaciones pasadas que vivían en su voz, su ancestro carabinero, el tío Orestes, los bisabuelos maestros, introduciendo a Silvia en el tiempo histórico del siglo pasado como en el tiempo bíblico del rey David. Te presento a aquellos que te han precedido y el mundo del que vienes, pero te presento también otros universos para que tengas libertad, para que no estés demasiado sometida a tus ancestros. Te doy canciones y relatos para que te los vuelvas a decir al atravesar la noche, para que no tengas demasiado miedo de la oscuridad y de las sombras. Para que puedas poco a poco prescindir de mí, pensarte como un pequeño sujeto distinto y elaborar luego las múltiples separaciones que te será necesario afrontar. Te entrego trocitos de saber y ficciones para que estés en condiciones de simbolizar la ausencia y hacer frente, tanto como sea posible, a las grandes preguntas humanas, los misterios de la vida y de la muerte, la diferencia de los sexos, el miedo al abandono, a lo desconocido, el amor, la rivalidad. Para que escribas tu propia historia entre las líneas leídas. Lo que para el niño pequeño significa el adulto cuando dispone y abre frente

a él libros ilustrados es también: te presento los libros porque una inmensa parte de lo que los humanos han descubierto está escondida allí. Podrás abreviar allí para dar sentido a tu vida, saber lo que otros pensaron de las preguntas que te planteas, no estás solo para hacerles frente. Te presento la literatura, que, como los juegos de cucú o el teatro de sombras, hace aparecer y desaparecer a voluntad. Podrás jugar con ella a lo largo de toda tu vida si tienes ganas, sumergirte en el cuerpo y los pensamientos de seres que difieren radicalmente de ti. (Petit, M. 2015. Pág. 25).

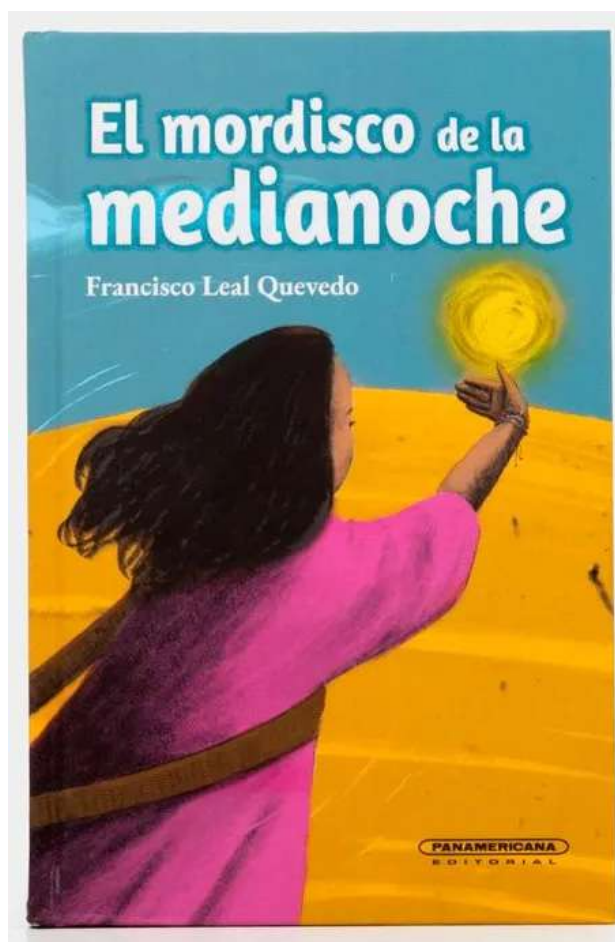


De esa manera abrimos el mundo a través de las palabras que acompañan los relatos, mostramos a otros los paisajes que se dibujan con los libros y creamos esas posibilidades para que los lectores se apropien de aquellas narraciones que hablan también de sus vidas, damos de leer a través de un gesto de afecto y generamos lo que Graciela Montes llamaría “La gran ocasión”, ese momento en que puede acontecer la experiencia literaria, ese encuentro íntimo donde se crea una relación profunda con los textos y que da sentido a leerlos, cuando la semilla empieza a germinar y nos hacemos uno con las palabras que nos acogen y percibimos la hospitalidad de la literatura.

Libros como “El mordisco de la media noche” de Francisco Leal Quevedo, me mostraron a través del personaje de Mile, todo lo que había sentido en el momento en que tuve que migrar de mi pueblo natal. Con los relatos de esta niña, iban apareciendo muchas imágenes de la pérdida del paisaje, del dolor de dejar atrás lo que amamos y que nos vincula a un territorio. Con ése libro llegaron otros del mismo autor: ¿De dónde vienen los perros?, “Aventura en el Amazonas”-libro que me enseñó el poder de las palabras a través del fragmento de la mariposa amarilla- “Guarida de fantasmas”, “Perdedor”, entre otros libros que ampliaron mi geografía y me llevaron a conocer lugares y culturas maravillosas. De esa manera fueron llegando textos que enriquecían mi vida más que mi intelecto. Con el tiempo iba entendiendo lo que Graciela Montes menciona en su libro “Buscar indicios, construir sentido:

la lectura incluye la rareza y el azar. En la historia del lector hay siempre contactos inesperados, atajos, desvíos, situaciones desconcertantes, extrañas casualidades. Basta pensar que muchos de los libros más importantes

de la vida se los ha encontrado uno revolviendo al tuntún en una mesa de saldos, o equivocando el estante de una biblioteca...La rareza y el azar no son defectos, son fuente de salud, y deberán preservarse para que la lectura-la experiencia partícula, personal de “el que lee”, al que suele llamarse “lector”- no se malogre. (2017). Pág. 108



en ese sentido se ha construido mi experiencia de lectura, en ése ir y venir de la literatura, en ese vaivén que causa vértigo y que me ha sabido llevar de laberintos de libros como “La montaña mágica” de Thomas Mann a textos con la sensibilidad, delicadeza y ternura de “Adiós Oscurita” de Andrea Serna, “el pato y la muerte” de Wolf Erlbruch, “el árbol de los recuerdos” de Britta Teckentrup o como

“El lugar más bonito del mundo” de Ann Cameron, pasando por el dolor de leer textos como “Mi planta de Naranja- Lima” de José Mauro de Vasconcelos, “Era como mi sombra” de Pilar Lozano, “Miranda y la flauta travesa” de Luis Darío Bernal Pinilla. Libros que han ido encontrando un lugar en mi corazón y en las palabras que ahora comparto.

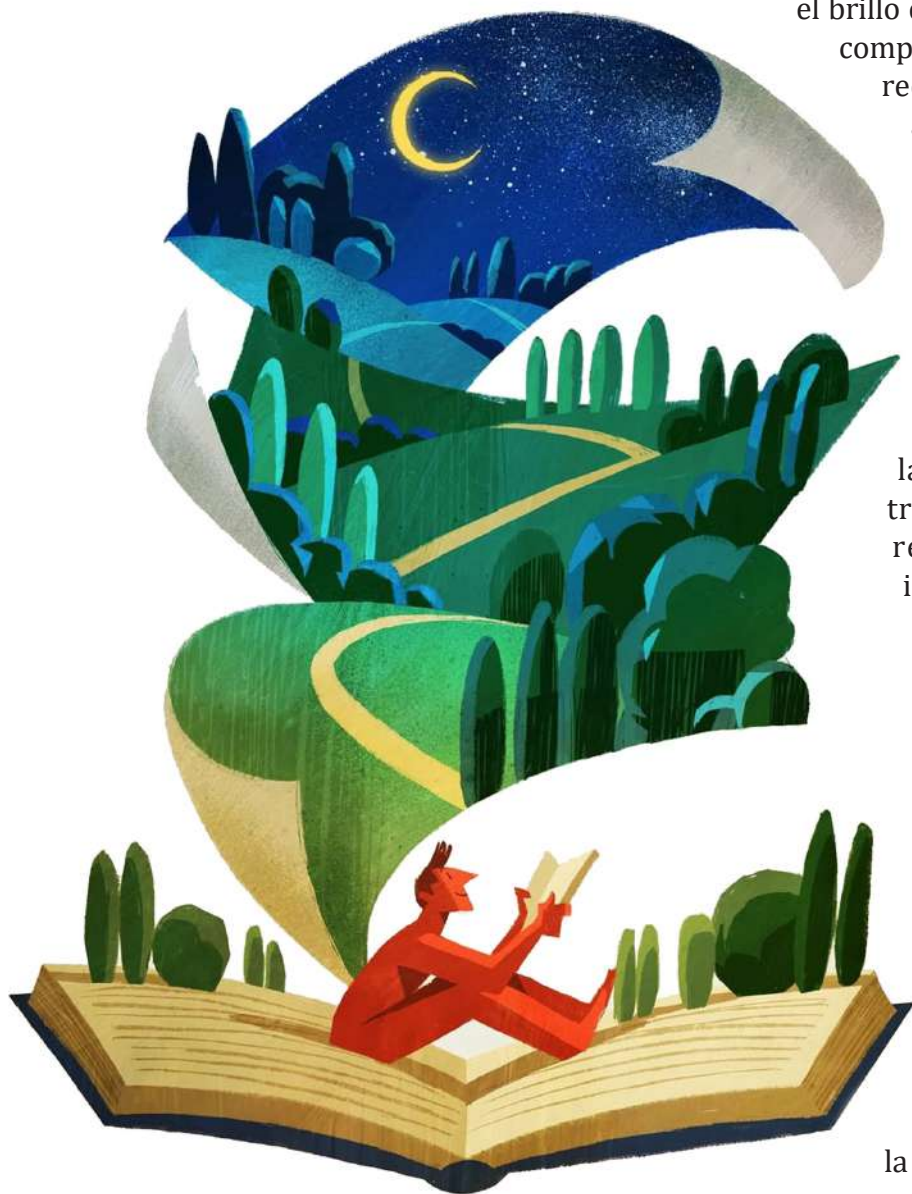
No existen fórmulas para enamorarse de los libros ni de la literatura, lo que nos conecta con el corazón de los libros y nos lleva a vivir una experiencia literaria, son esos gestos de

aquellos que nos han donado sus lecturas, los que con sus palabras han logrado seducirnos y llevarnos a un libro en específico. Los mismos que nos han guiado hasta la puerta de los mundos que se guardan entre solapas y nos han dejado navegar por un mar de palabras. He caminado tras las huellas de mis maestros y de aquellos que me han susurrado en el alma, aquellas palabras que se esconden tras algunos silencios de los libros y que quedan resonando en el pensamiento.

De igual forma creo que mucho de mi experiencia como lector, podría resumirlo en el brillo de los ojos de mis hijos, ahora que les comparto libros que se quedaron entre las redes de mi ser y que les permite que antes de dormir, sean arrullados por las palabras que un día me atraparon y que siguen sonando en el corazón. Autores que sigo releendo y que permiten seguir heredando y dando de leer esos mundos que un día se abrieron ante mí.

He dejado como un último momento, la invitación a cultivar el asombro a través de la literatura. El permitirse recuperar esa mirada detrás de la inquietud de los niños. La sonrisa que retumba al pensar en las aventuras de Tom Sawyer o en Pippi Calzaslargas. Dejarse afectar de nuevo por las voces de Elvis, Hugo y Josefina, los personajes entrañables de María Gripe.

Hace poco encontré un bello texto de Héctor Rojas Herazo, en una compilación llamada “La infancia detenida”. Un llamado a volver la mirada a esas imágenes de los primeros años de vida y que se ven en sus textos, como una metáfora de la casa materna y el pueblo natal:



Retornar al pueblo de origen es asomarse al único sitio del universo donde nuestra infancia ha quedado detenida. Los seres y las cosas que adquiere, aquí, una calidad y un significado especiales. Cada calle es una suscitación, cada tapia un recuerdo, cada sendero una forma de desembocar en aquel sitio verde donde un día sentimos espirar en nuestras manos la liviana existencia de un pájaro. (2014) Pág. 8.

Gracias a cada palabra que me donó este libro y que me llevó a pensar con nostalgia

en las calles que recorrí de la mano de mi madre. Ahora sueño con mis primeros juegos, con los amigos que me ayudaron a dar forma a esas primeras imágenes con las que construí mi morada íntima, ese lugar del afecto hecho de los viejos cojines de la casa y de las sábanas que me protegían de aquellos miedos que trae consigo el vivir. Aún tiembla en mi memoria la imagen de las manos de mamá que me siguen cuidando y siguen abrazando mi infancia.

Referencias

- Abril, P, Reyes, Y. (2003). La literatura infantil desde antes de la cuna (Vol. 5). Consejo nacional para la cultura y las artes, fondo editorial tierra adentro.
- Erlbruch, W. (2007). *El pato y la muerte*. Barbara Fiore Editora.
- Montes, G. (2020). Buscar indicios, construir sentidos. Babel.
- Petit, M. (1999). Nuevos acercamientos a los jóvenes y la lectura/trad. R. Segovia y DL Sánchez. México: FCE.
- Petit, M. (2001). Del espacio íntimo al espacio público. *Lecturas: del espacio íntimo*.
- Petit, M., & Sánchez, D. L. (2008). *Una infancia en el país de los libros*. Océano.
- Petit, M. (2015). *Leer el mundo: experiencias actuales de transmisión cultural*. Fondo de Cultura Económica.
- Proust, M. (2016). *Sobre la lectura*. Ediciones Cátedra.
- Proust, M. (2017). *Por el camino de Swann: En busca del tiempo perdido*. Editorial Penguin Random House.
- Staake, B. (2015). *Pájaro azul*. Océano Travesía.
- Sendak, M., & Gervás, A. (2005). *Donde viven los monstruos*. Alfaguara
- Teckentrup, B. (2018). *El árbol de los recuerdos*. Pepa montano editora.
- Velthuijs, M. (2018). *Sapo y la canción de mirlo*. Ediciones Ekaré.

ERGOLETRÍAS



Universidad
del Tolima



ACREDITADA
DE ALTA CALIDAD

¡Construimos la universidad que soñamos!



MMVIII

Chino Carrero